

Transfiguración: una mirada filosófica a Dios

por Alfonso Pérez de Laborda
Facultad de Teología 'San Dámaso', Madrid
<www.apl.name>

I

Se cierran ahora unas páginas abiertas hace diez años en las que descubría al hombre como metáfora de Dios¹, y se hace una vez que un pensamiento expresado en la cuestión de la belleza² se nos ha ofrecido como un todo en compendio monadológico³. Este cierre, que no lo es — pues, evidentemente, no se cierra y por eso nada tiene que ver con el cierre categorial del que se hablaba antiguamente⁴—, mejor, este pensar en espiral, se apoya en el icono de la Transfiguración de Teófanos el Griego. Por varias razones. En él se manifiesta de manera excelente qué es eso de una materia de tal guisa transformada que algunos pueden llamarla materia espiritualizada, y que, por mi parte, he preferido denominar desde el comienzo materia transfigurada. Además, esto se nos da a ver en un icono; un icono que se basa en un relato; un relato que viene dado en un contexto, el de los evangelios sinópticos. Por eso, la palabra, que primero se ha hecho relato, luego, en el icono, se estira hasta ser luz, pigmento, forma, color, los cuales no sólo se quedan como tales ante nuestros ojos, en una mera corporalidad echada ahí, mero producto nuestro, mejor, de otro como yo, sino que, abriéndose en luminosa ventana al más-allá, dándonos en unidad asombrosa, nos llega al fondo mismo de lo que somos, nos llega al alma, buscando nuestro ser en plenitud. Así, porque la palabra del relato se hace materia icónica se da un asombroso juego entre la diversidad de los materiales y la unidad de la materia transfigurada.

En un cuadro como el icono de la Transfiguración de Teófanos el Griego, expresión completa de lo que el pintor busca con su obrar, hay

¹ “El hombre, metáfora de Dios, o la primacía de la metáfora en el hablar sobre Dios”, capítulo tercero de *Sobre quién es el hombre. Una antropología filosófica*, Encuentro, Madrid, 2000, pp. 141-176.

² “Verdad, bondad, belleza: ¿no es la belleza la finalidad de ser?”, *Revista española de teología*, 66 (2006) 99-140.

³ “Compendio de una filosofía”, 28 (2007) *Thémata*; igualmente en *Revista española de teología*, 67 (2007) 313-357.

⁴ El cierre categorial decía dejar cerrado el mismo conocimiento sobre el conjunto entero del mundo, yendo por partes, por partes científicas, al seguir la constitución que del mundo se va dando en las nuevas ciencias, de manera que sus aparejos alcanzan a comprender y explicar por completo, finalmente, lo que las cosas son. Partidario acérrimo, pues, de la carcasa y de la univocidad del ente. En una enemiga radical con la analogía del ser. Naturaliza la realidad reduciéndola a mundo. Una naturalización cientificista, claro es. Cerrada toda creatividad real.

punto de fuga, mejor, punto atractor tanto de toda la materia icónica que lo constituye como de la mirada del veedor. Todo converge al espacio en que se nos da ese punto atractor. Es imaginación creativa de algo que se sale de él mismo, pues no cabe en su materia objetual si esta no es también materia transfigurada, pero que, sin embargo, queda diría que icónicamente dentro de él, convirtiéndose en un don de lo que llamo la imposible-posibilidad —aquello que procede de una creatividad inopinada para nuestras cogitaciones, sin posibilidad alguna de ser prevista por ellas, lo cual en nosotros se da a manos llenas y de idéntica manera se da en el puro mundo: somos asombrosos seres marcados por la creatividad de puras novedades—, pues a través de la transfiguración empastada de su materia se nos dona en él la contemplación del Transfigurado. Es huella en la materia de aquello que expresa. Expresa primero en la materia coloreada de la pintura, es evidente; pero, sobre todo, lo consigue haciéndose suasión para nuestra propia expresión. Mirándolo, expresamos aquello que buscamos ser, nuestro ser en plenitud; tenemos la expresión de lo que se nos dona. Aquello que a través de la materia transfigurada es ya semblante de lo que está en los más allá del mismo icono, se nos regala para que nosotros los veedores expresemos lo que queremos ser y lo que vamos siendo en un puro ir hacia ese punto que nos atrae; siempre en busca de nuestro ser en plenitud que ahí, expresándose en la materia transfigurada, se nos regala como don. Todo se nos da en la misma materia icónica; pero todo lo recibimos nosotros fuera del mismo icono, en el centro mismo de nuestro ser, bien es verdad que, aunque a su través, como manifestación de lo que él es para nosotros. Expresión que enfoca, pues, a la misma pura materialidad del cuadro, porque ahora su materia es también, como lo que proclama, materia transfigurada.

En el icono de la Transfiguración el punto de fuga —no se tome esto como enunciado específico, pues técnicamente hablando en ellos no hay tal punto geométrico de fuga, le he llamado mejor punto atractor, pero insisto en que también lo denominemos así pues punto que, estando ahí en la materialidad de la pintura, sale de su ahí y nos saca de nosotros mismos— es la blancura de ese ámbito atractor de todo lo que está figurado en el icono. Todo lleva hacia él, todo viene conjuntado por él, empastado en él. Nada de lo que acontece en el icono está fuera de la atracción de su punto de fuga; de fuga, pues nos enseña la profundidad de eso de donde viene, mejor, de donde procede, que lo origina: la figura resplandeciente que con una tan grande fuerza nos atrae. Y, lo que es más decisivo, pues todo lo anterior es el medio utilizado por el icono para captarnos en lo que somos, punto atractor de la mirada de quien lo contempla, el veedor; el icono existe para eso, para, atrayéndonos, hacernos ver lo que hay en los más allá. Punto que es todo un espacio, un ámbito cerca del que estar, como nos muestran todas las figuras que lo rodean, prendidos de él, turbados por él, pendientes de él, referidos a él, empastados con él; así pues, el icono nos muestra un espacio global en el

que también nosotros podemos ser, con el que podemos empastarnos en la suasión atractiva que ejerce en nosotros. Atracción de la belleza de la materia transfigurada —sin ella, nada se nos regala ni ofrece—, y atracción irresistible para nosotros de aquello que expresa: el cuerpo de hombre transfigurado. Ese punto, punto atractor, digo, sin dejar de señalar la materialidad misma de colores y estructuras pictóricas, nos hace ver los más allá. Más allá de su estar ahí sujeto a nuestra visión y, sobre todo, más allá también de nuestro, contemplándolo, crear nuevos espacios de existencia en nosotros mismos; espacios de ser a quien se le dona su ser en plenitud. Por medio de la belleza de la materia transfigurada se nos propone como punto de apertura a ese más-allá de blancura, de la que es metáfora de realidades⁵. Punto de apertura, pues, que se nos ofrece desde aquellos más allá que ahora, a través de la blancura del icono, se nos hacen visibles. Punto atractor de nuestra mirada, de nuestro ser, todavía en este ir siendo en el que estamos; buscando hacernos donación de nuestro ser en plenitud. Punto atractor, con su espacio global que lo rodea en el icono, para expresar lo que en la contemplación de nuestra mirada nos arrastra en suave suasión. Suasión de belleza. Belleza de la materia transfigurada. Por eso, ahora, en la contemplación de nuestra mirada, en nuestro propio serse, todo queda remodelado. Nunca una desnuda mirada de meras objetualidades, como quien para leer poesía chupa la tinta, sino mirada de expresividades creativas. De ahí, transfiguración.

Líneas, maneras de representar los volúmenes. Montes que llevando la mirada a los más allá, la elevan hacia el ámbito del punto blanco que nos atrae en todo lo que somos. Todo lo que rodea a este ámbito, desde un mundo que viene de los más allá —Moisés y Elías—, señala su centralidad. Las figuras de los tres apóstoles, cada una a su manera, indican la actitud de quien, siendo como nosotros, se hace figura en ese paisaje. Actitud desvelada de Pedro que, mirando la blancura del Transfigurado, ve ya lo que contemplamos. Los otros dos apóstoles parecen estar más ajenos, como ensimismados todavía en sus propios afanes y rumies, aunque de manera bien distinta: Juan pensando su contemplación, Santiago en actitud más durmiente. Hay plantas en el monte. No es, pues, una mera imaginación leonardina de puras virtualidades. Siendo monte de realidades, es algo que se nos ofrece como transfiguración maravillosa de nuestro propio paisaje. Líneas convergentes. Luz. Blancura. Centro atractor de nuestra mirada, que se nos propone. Círculo atractor. Vértice del cono, que se nos plasma en las tres líneas azul fuerte que llegan hasta los tres discípulos. La espléndida

⁵ La primera mitad —pues en la traducción francesa contiene dos libros distintos en su original ruso— de L. Ouspensky, *Théologie de l'icône dans l'Église orthodoxe*, Cerf, París, 1982, 495 p., es maravillosa sobre el icono y sobre la encarnizada lucha de la Iglesia contra los iconoclastos, siempre heterodoxos, que los despreciaban y destruían, pues estaban contra la encarnación. Cf. también las entradas al tema en *Paralipómenos 1*, Encuentro, Madrid, 2007, 327 p.

blancura hace que no veamos lo que está tras ese punto atractor. La fuerza está en él, aunque deja adivinar el ámbito del espacio del que surge la luz resplandeciente. Todo indica que las tres líneas azules, luego, se adentran en los más allá de lo que resplandece para nosotros, en un más-allá de pura divinidad. Todo el ámbito de la blancura nos lo hace ver. Todo el rebullir de las figuras nos lo enseña. La centralidad del icono, que está en lo alto, nos lo sugiere con toda su fuerza. Sólo quedan las líneas y volúmenes que lo convierten más y más en centro. Centro atractor de líneas y de colores. Sin embargo, nosotros, los veedores, estamos en un punto de vista de globalidad, como insertando nuestra mirada en la zona media del icono; pero, sin embargo, nuestro paisaje no es uno de sus sectores, como si estuviéramos perdidos en él, sino que somos actores de la contemplación empastada de su conjunto. Nuestro paisaje, aquél en el que nosotros somos figuras, es la globalidad de su icono, con el esbozo de sus líneas que forman un cono desde las bajuras del relato de los tres discípulos en sus diferentes actitudes, quienes forman como su base, y las alturas de la blancura inmarcesible de su vértice, el cual queda recogido y escondido en el Transfigurado y su resplandor. Todo el icono se nos da a ver en contemplación conjuntada. Somos contempladores del conjunto del relato que se expresa en el icono.

La blancura es el punto de unificación del que, después, en el icono, todo destila.

El icono de la Transfiguración, que procede de la pequeña Torre de Pereslavl-Zalessky, cerca de Moscú, muy del final del siglo XIV, nos enseña a Cristo que se muestra a sus discípulos en el Monte Tabor, resplandeciente de una aureola blanca de divinidad⁶. Tres rayas azul fuerte descienden a los discípulos desde el halo blanco rodeado de luz azulada en un enorme círculo, en segura alusión a la idea de la Trinidad. La división triple se repite varias veces. Tres zonas en la composición. La superior, en la que se encuentra Jesús resplandeciente con Moisés y Elías que están junto a él, pero fuera del círculo de luz, y de manera que la curva de sus cuerpos ayuda a poner en realce la centralidad de lo blanco. Además, aunque en una única montaña, son tres cúspides diferentes. La zona media, en la que vemos como en una ventana el ascenso de Jesús y sus tres discípulos hacia lo alto del Tabor, en la parte izquierda, y su descenso por la derecha. Lo vemos en plano medio, las figuras están tomadas hasta menos de las rodillas, y su tamaño es incongruentemente menor que las de las otras dos zonas del icono. En ambos momentos, Jesús, con pequeña aureola en torno a la cabeza, mientras sube y baja con los suyos, vuelto hacia ellos, les habla. En la parte baja, vemos a Pedro, Juan y Santiago, como recostados en el suelo, pero en actitud meditativa, asombrados por lo que viven. Pedro mira a lo alto. Juan medita, sosteniéndose la barbilla, dirigido todo su cuerpo hacia abajo. Santiago,

⁶ Cf. Lilia Evseyeva, Engelina Smirnova, y otros, *A history of icon painting. Sources. Traditions. Present Day*, Grand Holding Publishers, Moscú, 2005, pp. 140-141.

en posición intermedia, mira totalmente por la derecha hacia la bajura de la montaña. Se subrayan los tres ejes verticales de la composición que señalan tres diferentes tipos de reacción de los apóstoles. El pintor a través del uso de los diferentes límites, líneas circulares, grandes formas y el movimiento de las figuras esculpidas busca la inmediatez de la emoción de quien contempla el icono, el veedor.

Prosigamos como veedores. Las vestiduras de Jesús resplandecen de blancura, y de él salen a manera de estrella no regular de seis puntas. A primera vista parecen cuatro, dos que acompañan a Jesús hacia arriba y dos hacia abajo, sin regularidad geométrica en la disposición de sus ejes, aunque luego percibimos que una quinta punta de la estrella aparece bajo los pies desnudos de Jesús; cuando se nos había pasado desapercibida⁷, nos damos cuenta de que hay una sexta punta, pero está prácticamente tapada por el cuerpo del Transfigurado y sólo se advierte sobresaliendo de su hombro izquierdo. De pronto nos damos cuenta de que todos los personajes tienen los pies desnudos; no vemos a los que suben y a los que bajan de la montaña. Pero, es claro, la montaña es santa. En las dos esquinas extremas superiores se nos muestran como en pequeña ventana-rosetón dos figuras, parece que en diálogo: se diría que ambas enseñan desde lejos un diálogo entre Jesús y María, su madre. Ambas figuras tienen halo sobre sus cabezas. Están sentadas. Sólo vemos la parte superior de sus cuerpos.

Nosotros, los veedores, no miramos del todo desde abajo. El Jesús resplandeciente está arriba para nosotros, ciertamente, pero los discípulos están abajo. Nuestro lugar de mirada, como ya he indicado, es la zona media, como si escucháramos también nosotros a Jesús que mientras sube y mientras baja de lo alto del monte habla con los suyos. Los cinco picos blancos de la estrella salen fuera del círculo de luz azulada que todo lo engloba, claramente menos los pies desnudos de Jesús; el sexto queda tapado por completo por la cabeza de Jesús. Su misma figura y la estrella blanca que lo enmarca, deja ver en el centro del círculo azulado líneas que centrífugamente emanan de él, pero sólo vemos a izquierda y derecha un poco de sus salientes, aunque ciertamente, sobre todo por la derecha, llegan casi hasta el final del círculo de luminosidad, si bien van desapareciendo conforme se van alejando de su punto de surgimiento. Marcan el mismo centro del círculo luminoso en el que se muestra el Transfigurado. Observando con cuidado vemos que el disco de luz está configurado por varios círculos concéntricos, que nos señalan también el vértice de todo lo que acontece en el icono; de todo lo que nos acontece a nosotros contemplándolo. Todo nos indica que ahí, en el centro mismo de la figura de Jesús, aunque, por así decir, tapado a nuestros ojos por su cuerpo, cuerpo encarnado de hombre transfigurado, hay un centro que es el punto atractor del todo. No es que la figura de Jesús lo oculte, sino que

⁷ Me lo ha tenido que advertir Alfonso García Nuño, amigo de muchos años, cuando le envié el texto de estas páginas a falta de un último hervor.

la figura carnal de Jesús, en actitud de enseñar y mostrarse, iluminado por él, ostenta el resplandor de lo que es; de lo que es en su propia carne de encarnación. Carne transfigurada.

Es un monte repelado y de grandes rocas foliadas, pero, sin embargo, en mitad de la zona media sale hacia la izquierda, y su continuación pillará de lleno a Juan, una corriente azulada que a un lado y otro tiene esquemática vegetación de árboles. Se podría decir que está en el lugar mismo en donde el icono pone a su veedor, mejor, a la altura misma en donde el icono pone al veedor, lo que al punto señala a Juan como aquel que tiene la actitud de quien es contemplador del icono como nosotros lo somos. Los colores de las figuras, todas ellas con grandes mantos, excepto la de Jesús, pura blancura, claro, son marrones, desde más fuertes, casi rojizos, hasta el leve color de la misma montaña del de Elías. Todos llevan túnica de color más azulado. Excepto Jesús, envuelto todo él en blancuras. En él, el pelo y la barba son notablemente oscuros. Es la única figura de la zona alta y de la zona baja que tiene nimbo en su cabeza. Todos tienen barba, excepto Juan, que ocupa el lugar central de los tres discípulos, pero dirigiéndose hacia la izquierda, junto a Pedro, dispuesto, al parecer, a recibir la corriente azulada. Piensa. Rumia. Medita. Es el veedor de lo que acontece, él dentro del icono, junto a nosotros los veedores, fuera, pero adentrándonos en él; haciéndonos, como el mismo Juan, figuras en su paisaje⁸.

II

Alguna vez he considerado que en mi filosofía, si se me permite utilizar una expresión tan pomposa, el diábolo⁹, es decir, la unión de dos conos por su vértice, compartiendo idéntico eje, es una metáfora interesante. La imagen viene de la consideración del tiempo en la física relativista, en la cual desde un observador sale, en la dirección del tiempo y siendo él el vértice, un cono que nos da el horizonte de futuro de ese observador; pero a un observador llega también un cono del cual es el vértice que contiene todos los acontecimientos pasados teniendo influencia sobre él, tal es el cono del pasado¹⁰. Las que podríamos llamar líneas del universo de ese observador, de esa persona en nuestro caso metafórico —todo el inmenso haz de acontecimientos carnales que le han sucedido desde sus mismos orígenes y que han de seguir proyectándose

⁸ Sólo conozco el icono por fotografías, por ello lo de los colores en su textura y en sus contrastes depende de cada una de las reproducciones.

⁹ Véase *Sobre quién es el hombre*, pp. 345-346, 366-367; *Tiempo e historia: Una filosofía del cuerpo*, Encuentro, Madrid, 2002, pp. 443-446. Sobre todo, en la tercera parte del artículo “De la conciencia justificada: una lectura filosófica del comentario a los *Gálatas* (1535) de Martín Lutero”, en A. Pérez de Laborda (ed.), *Una mirada a la gracia. El Escorial 2005*, Facultad de Teología ‘San Dámaso’, Madrid, 2006, pp. 285-298.

¹⁰ Cf. El capítulo 9, “¿Tiempo o incertidumbre?”, de *Tiempo e historia. Una filosofía del cuerpo*, Encuentro, Madrid, 2002; sobre todo, pp. 278s.

en su temporalidad adviniente, nuestras líneas de historia—, procediendo del cono del pasado, pasan necesariamente por la actualidad del vértice de ambos conos, es decir, en nuestro caso, la persona, para llevarle hacia posibilidades infinitas de su horizonte de futuro; lo que ha ido siendo y lo que va a ir siendo. Ese cono, mejor, ese diábolo, nada tiene que ver con carcasa alguna, por supuesto, sino que representa el inmenso haz de realidades y también de solicitaciones que constituyen nuestro propio ser; viniendo del pasado y proyectándose ya desde ahora hacia su futuro. Y digo líneas o surcos de universo pues la realidad de nuestro ir siendo, que, mirando hacia el pasado, un pasado seguramente de temporalidad y no de mero tiempo, lo sabemos, se nos da en esa conjunción de las líneas y surcos de nuestra carnalidad, que convergen, es obvio, dándonos nuestro ser de actualidad, ese que hoy somos, apunta ya a un ir siendo de futuro, pero, esto es esencial, no un futuro de dispersiones, sino de convergencias hacia ese más-allá que estira de nosotros para, retroductivamente, donarnos nuestro ser en plenitud, como hemos ido viendo en la concreción del pensamiento antropológico. Así pues, todo en nosotros, en nuestra carnalidad, apunta ya hacia ese punto de convergencia de nuestras propias líneas y surcos de universo, líneas de carnalidad. Ese punto atractor, en el icono, viene representado por la forma transfigurada en su halo de blancura. Vemos en él en esbozo cómo las líneas azules que de él salen nos conducen hacia él, señalando el punto de convergencia hacia el que dirigirnos, ese punto que, así, se hace para nosotros una definitiva imposible-posibilidad. La escala de Jacob con su retroductivo subir y bajar para constituirnos en lo que somos puede servirnos también aquí de expresión de eso que nos acontece¹¹. Sería interesante, además, aprovecharse de la metáfora del *homo viator*.

Utilizo esa imagen del tiempo relativista, pues, pero dándole otro sentido bien distinto. El observador, es decir, la persona, cada uno de nosotros, tiene un horizonte de actualidad que sería la superficie circular que compone la cardinalidad completa de su experiencia, aquella en la que está ahora. Nótese que es un círculo en el que, evidentemente, nunca estamos solos, nunca somos un individuo solitario. Primero, porque él siempre es en socialidad —aunque sea ermitaño—, además, porque ahí, simbólicamente, el veedor tiene la compañía de los tres discípulos; líneas de historia, pues, personales y societarias en íntima imbricación, como no podía ser menos en esta antropología. Pero en ella, sin salir de ella, por efecto de la atracción retroductiva de todos los más allás que son cosa suya —como fruto de la labor de la tríada deseo, imaginación y razón que lo constituye en la misma gerundividad de su ir siendo, y como fruto, a la vez, de la tríada carne enmemoriada, carne maranatzada y carne

¹¹ Véase también el segundo párrafo de “Pensar a Dios”, en A. Pérez de Laborda (ed.), *Dios para pensar. El Escorial 2002*, Facultad de Teología ‘San Dámaso’, Madrid, 2002, pp. 73-77.

hablante, lo que, como sabemos, da mucho juego¹²—, moviéndonos en la coordenada de nuestra temporalidad, vemos que las líneas de universo de eso que somos como cuerpo de hombre / cuerpo de mujer, se ahorman en haz y, este es el punto clave de mi antropología, tal cosa se hace de modo que tienden hacia esos más allá que estiran de nosotros y, en definitiva, se dirigen al punto-vértice en donde todo el haz de nuestras líneas de historia converge en un lugar de llegada, punto de los más allá, punto / suelo denominarlo. Lo decisivo de esta manera de ver es que ese punto estira de nosotros en suave suasión retroductiva para ir haciéndonos lo que somos y vamos a ir siendo, hasta llegar al ser en plenitud que es el nuestro, el cual se nos da sólo en dicho punto. No deje de notarse, lo que considero importante por demás: nunca he dicho que ese punto sea un punto del tiempo, un cierto t_i de la coordenada física tiempo; es un punto que se da en la temporalidad encarnativa. Hemos visto en otro lugar, sin embargo, cómo caben otras posibilidades de puntos de convergencia, pues sabemos que no siempre ese punto atractor de más-allá, el punto /, concuerda con lo que es nuestra finalidad, la elegida por nosotros en el uso de nuestro libre albedrío, la que con tanto empeño buscamos darnos como finalidad propia, pues todo desvío de ese punto nos es posible, evidentemente, como fruto de nuestra libertad de elección de otros más allá que nada tienen que ver con él. Ese es el pecado, permítaseme que le llame así, el cual nos hace apuntar hacia vértices que no llevan al punto /, sino a la pura nada¹³.

Así pues, vistas las cosas de este modo, el punto / es decisivo en lo que somos y en lo que en nuestro ir siendo vamos a ser, por más que un punto hacia el que, claro, todavía estamos en camino: soy *homo viator*. Punto de convergencia que nos muestra, por así decir, lo que van a ser nuestras líneas de historia; hacia dónde se van a dirigir en haz. Es el punto atractor de nuestro proceso de suasión retroductiva; el punto de anclaje en donde se asienta por arriba la escala de Jacob. Si pudiéramos pintar el icono *filosófico* de nuestra vida, nuestro punto / sería el que ocupa el Jesús resplandeciente en el icono de Teófanos el Griego. De ahí, viniendo de una filosofía como la aquí apuntada, la estupefacción al contemplar el icono: nos señala con el concurso de la materia transfigurada lo que es el camino de nuestra vida, mostrándonos en toda su luminosidad el punto en donde se nos dona nuestro ser en plenitud; una donación, ahora nos damos cuenta, que nos ha sido hecha desde siempre. Se nos manifiesta el ámbito de su blancura como el punto atractor de nuestra decisiva imposible-posibilidad —aquello que, visto desde nosotros, tomando la fuerza entera de nuestra razón sobre lo mundanal, parecía lugar de puros imposibles para todo ser mundanal, entre los que estamos, sin embargo, ahora lo vemos, se nos hace realidad

¹² Para comprender lo que digo acá, véase el capítulo 9, “Fundamento”, de *Pensar a Dios tocar a Dios*, Encuentro, Madrid, 2004, pp. 156-202.

¹³ Cf. la tercera parte del artículo sobre Lutero citado en la nota 9.

de posibles—, la que da forma entera a lo que somos de verdad. Puede que, como en el péndulo al que se le golpea para que no siga su marcha regular en el plano de su movimiento natural y comienza a moverse caóticamente sin pasar ya más nunca por su punto de descanso, todo se enrede en nuestro movimiento de futuro y el punto de blancura en el icono de Teófanos llegue a ser punto perdido para nosotros, pues incluso siguiendo siempre como punto atractor de nuestra historia, hacia el que el haz de líneas de historia que nos constituyen tiende, se haga punto de imposibilidad para nosotros debido al desorden de nuestro movimiento; así pues, sería ya punto inalcanzable para nosotros. Pero que acontezca de tal modo, sin que nunca haya dejado de ser punto atractor de nuestras líneas de universo, vendría a ser producto de aquella fuerza que, siempre contando con nuestra libertad, sofocada por mil sollicitaciones que nos arrastran imperativamente hacia otros más allá, pues nos dejamos arrastrar por su imperio determinante, nos saca de nuestras casillas para llevarnos a puntos de convergencia que son puras nada, dándonos finalmente un ser que es ser de carencias infinitas, en definitiva, y no ser en plenitud. Ahí estaría el misterio del mal.

Más, en todo caso, ese ámbito atractor, como en nuestro icono, está más arriba de la actualidad de nuestro punto de vista, del momento actual de nuestra historia, la que ahora se configura en haz de líneas y surcos de universo, dándonos el ser que estamos siendo; está por encima de nosotros, es el final ofrecido de nuestra historia. De él salen las tres líneas azul fuerte que, atrayéndonos, se hacen con nosotros, pues dirigidas al centro mismo de lo que somos. Punto atractor de nuestra mirada, de nuestra inteligencia, del camino que todavía tenemos por delante, por más que podamos dejarnos dirigir a puntos atractores alternativos que no son sino mera nada y que nos conducen a la pura nada; puntos de los que saldrían sus propias líneas azules torcidas, pues nos atraen y dirigen hacia otros ámbitos atractores de puro esquivamiento en nosotros. Punto final a la vez que punto originario, pues de él procede la suave suasión que nos hace ser.

Las líneas azul fuerte el icono representan para nosotros la escala de Jacob. El camino que nos señalan es el que seguiremos como *homo viator*.

Pedagógicamente es muy importante darse cuenta de que en la zona media es donde se da el subir y bajar en diálogo de razonabilidad con quien es el *Logos* mismo de la atracción. La metáfora filosófica del icono, con la estructura de diábolo que le hemos encontrado, nos indica la estructura misma de la razonabilidad de lo que somos. En la consideración del mundo como creación —sin olvidarnos jamás que nosotros somos parte del mundo, por más que creadores de corporalidades que nos hacen seres creadores de realidades, mejor, co-creadores de realidad— encontramos que se nos ha conformado con la tríada deseo, imaginación y razón; que somos seres dotados de *logos*, por quien es *Logos* creador del mundo. De ahí la certeza de ese diálogo de razonabilidad; de los seres mundanales, sólo nosotros somos sus actantes.

Esto nos hace ver la decisiva importancia del principio antrópico sobre el principio de objetividad: nunca podremos cortarnos de nuestro *logos* para conseguir hacerlo *Logos*.

Nos lo señala muy bien el icono filosófico: hay diálogo que no puede ser otra cosa que diálogo de razonabilidad cuando sabemos que quien se nos muestra en el punto de blancura es el Logos de Dios. Y ¿cómo olvidaríamos que ese Logos en el icono se nos manifiesta en la realidad de una figura de encarnación? No es ningún superman de cuento con resplandores sobrenaturales quien allá se nos muestra, sino el mismo que sube y baja de la montaña con nosotros por la zona media del icono, enseñándonos, a la vez que mostrándonos que es de carne y hueso como nosotros. En el icono el Encarnado es el Transfigurado, el mismo Verbo de Dios, la impronta de su ser, como tan pasmosamente le llama el comienzo de la epístola a los Hebreos; la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros, como nos pone san Juan en el prólogo de su evangelio. La atracción retroductiva por ese ámbito de blancura es ahora, en el icono filosófico, entendida por completo. De ahí, además de la derecha antropológica de las líneas azul fuerte, el impacto que tal figura causa sobre nosotros; el deseo irresistible que nace en nosotros al ver su luz. De ahí, también, la cavilación y el despertar de los tres discípulos en la montaña, pero en sus bajuras todavía; bajuras dormideras, rumiantes, expectantes, contemplativas, a punto de recibir la corriente azulada de la fuente media.

El icono filosófico, así, nos hace ver lo que somos y nos indica quién es el Transfigurado, señalándonos como en puro esbozo la grandeza de quien se nos muestra en puras visibilidades encarnativas. Una grandeza que se pierde en las profundidades del más-allá de la pura blancura. Sólo vemos esbozados algunos indicios, huellas, improntas de ese otro lado, el otro cono del diábolo, que se nos muestra sólo empapado en la luz radiante. El relato que en el icono filosófico se convierte en materia transfigurada nos habla de que ese ámbito nuevo, distinto, escondido, al que sólo tiene acceso el Transfigurado, del que procede, y del que nosotros sólo podemos desvelar el portillo a través de él; el ámbito de la Trinidad Santísima. Es ahí, pues, en la blancura de ese juego sublime, donde se nos da nuestro ser en plenitud.

Tras esta contemplación de la belleza de la materia transfigurada que se nos ha dado a ver en el icono y lo que él ha representado para nosotros, estamos preparados para oír la voz de lo alto: «Este es mi hijo querido. ¡Escuchadlo!»¹⁴.

III

¹⁴ Mc 9,2-13; Mt 17,1-13 y Lc 9, 28-36

Porque todo en el icono filosófico que hemos alcanzado a completar es materia, pura materia, sólo materia: pigmentos, composición espacial, trazos del pincel, contraste de los colores, quizá hasta huellas dactilares del pintor y manchas de sus dedos, de manera que, desde ahí, y sin ese ahí no hay icono, no hay obra de arte, no hay expresión, se nos ofrece un punto de vista, el nuestro, el de nosotros los veedores. Materia transfigurada por la voluntad de quien lo pintó y de lo que logró con su pintura. Por eso, depende, unas veces nos encontramos golpeados por ella y otras pasamos la vista sin que se clave en nosotros y nos fijemos en esa materia puesta de manera tan estructurada ante nosotros. Nada nos es pura obligatoriedad; se necesita nuestra acción, que seamos actantes de lo que acontece ante nuestra vista. Sin esa voluntad primera de quien obró en la materia para transfigurarla, nada más acontecería. Nuestra vista no se pararía en ella, ni siquiera se fijaría en que existe; nuestros ojos resbalarían en su mero mirar. La materia —materia filosófica—, de este modo, escaparía a nuestra mirada. Como le acontece al animal que mira siguiendo sus puros instintos y sólo ve lo que estos le permiten ver; sin posibilidad de creatividad alguna, como no sea mínima, apenas si un ligero aumento evolutivo de su simple mirar instintual; como le acontece a la propia materia, que no tiene ojos para ver y que por ello no es capaz siquiera de verse a sí misma. Porque esa materia está puesta ante nuestros ojos en su ordenación voluntaria, ubicada ahí para que la veamos; nosotros los veedores la vemos ante nosotros. No vemos a su autor. Vemos, simplemente, su obra. Vemos la materia transfigurada que nos ofrece un lugar desde donde ver; un lugar desde donde ser. Desde donde verla a ella misma; pero, sobre todo, un lugar de creatividad para que veamos las cosas del mundo y, mucho más aún, para que veamos la realidad. Pues nosotros los veedores no nos quedamos chupando el cuadro, aunque lo podamos hacer, sino que este se nos convierte en expresión de un mundo nuevo, distinto, que ya ni siquiera es mero mundo, sino que nos hace creadores de realidades. La esencia misma de nuestro ser es su serse, el que nosotros nos vemos a nosotros mismos ser, y, viéndonos en el icono, suadidos suavemente desde él, nos hacemos ser.

En este juego con la belleza de la materia transfigurada se nos da el diálogo de racionalidad. Ella, por así decir, suscita en nosotros el logos de la palabra. Esta belleza es la que nos hace hablar. Algunos podrán pensar, y puede que hasta tengan razón, que nuestro verbo es algo cerrado sobre sí, pues no hay realidad con la que hablar. Que se trata, simplemente, de un diálogo autista con nosotros mismos; pura palabrería, pues. Pero no es así, lo sabemos, entramos en diálogo con la materia transfigurada, la que resplandece en su blancura; pero esta, subiendo y bajando por la escala de Jacob, resulta ser el punto de convergencia hacia el que, desde siempre, tiende todo lo que somos desde el mismo instante en que comenzamos a ser cuerpo de hombre / cuerpo de mujer, pues en él se nos da nuestro ser en plenitud. No se nos da, por tanto, fuera de su blancura, con círculos y resplandores, con rayos que muestran su centro y líneas

azules que nos traspasan y lo traspasan a su vez. La blancura del punto / que se nos da en la belleza de la materia trasfigurada del icono filosófico, que se nos da encarnativamente en esa plasmación carnal de belleza, ha sido esencial en nuestra búsqueda. En el icono de Teófanos el Griego, descubrimos al Encarnado, y a su través, como en puro esbozo vemos la sencilla complejidad del mismo Dios que, ahí, nos habla también.

¿Hubiéramos descubierto toda esta materia filosófica sin el icono de Teófanos? No, de cierto que no. Él nos ha puesto nombre a todo lo que veíamos.

Queda todavía, quizá, lo más importante, al menos la labor que ahora se hace por demás importante, la consideración del mundo de la materia trasfigurada como regalo del Creador a la humanidad, es decir, al cuerpo de hombre / cuerpo de mujer. La otra querencia, claro es, pero estos son palabras muy mayores, es la de adentrarnos en lo que nos sea posible por el portillo que hemos adivinado tras la figura del Transfigurado.

Madrid, 25 de enero de 2007